



18 de abril de 2020

¡GRACIAS!

Los niños estaban acostados y yo esperaba a mi marido que llegaba sobre las once y media tras terminar su turno. Me sobresaltó el sonido del móvil porque nadie suele llamar a esas horas y, cuando ocurre, temo malas noticias por la edad avanzada de mis padres. Era el supervisor quien me llamaba.

- Por favor ven. Sabes que tenemos varias bajas y ahora me fallan otros dos. Lola y Luis han doblado su turno. A ella van a estallarle las varices y, él, ya sabes el calvario de su casa.

Sin pensarlo le dije:

-He salido a las tres y me he pasado el día peleando con la casa, las incomprensiones de mis hijos y, por si fuera poco, la brutalidad de mis vecinos que para nada me echan una mano por miedo a contagiarse, a pesar de los favores que les hago siempre que se les complica la salud.

-Está la cola de gente hasta la calle. Pueden pasarse así toda la noche sin que podamos atenderles. Cierra los ojos e imagínate la escena.

-Tengo los niños acostados y Alfonso de camino.

-Cierra los ojos, ¡por fa!

Estaba tan acostumbrada a situaciones semejante que si cerré los ojos fue para olvidar mis hijos, mi propia postración y el sin fin de protestas que me crecían dentro. Le dije:

- ¡Voy!

Desde el ascensor llamé a mi marido:

-Los niños están solos. No te entretengas.

Colgué sin dale la oportunidad de replicarme. Él sabe de sobras lo que ocurre. El ascensor paró en el tercero y el segundo, pero, al conocerme, nadie entró. Salí a la calle y, cuando abría el coche, un poli me preguntó que a dónde iba. Le dije que a trabajar. El insistió:



- ¿Un fin de semana y por la noche?
- ¡Soy enfermera!
- No tienes pinta – dijo -Enséñame el carnet.

Con las prisas me había dejado la cartera. Tuve que desandar todo lo andado. Cuando llegué al hospital parecía la entrada de un local de conciertos con el aforo lleno.

A las ocho de la mañana se me iba la cabeza y, al intentar salir para tomarme algo, un chico joven me tomó de la mano y me pidió:

- Por favor venga. ¡Mi novia se me muere!

Era una muchacha que hiperventilaba estrepitosamente debido a un ataque de ansiedad. Dijo el novio:

- Piensa que ha cogido el virus.

Le pregunté por qué:

- Porque alguien ha tosido cerca de ella.

A las tres de la tarde, porque a las ocho comenzaba mi turno, de regreso hacia casa repasé: cuarenta y cinco curas, cincuenta inyectables, un centenar de tomas de constantes, mil explicaciones y consejos, diecisiete vías y otras tantas sondas... y, al final, solo una niña de unos cinco años me había dicho: ¡Gracias!, pero había conseguido aliviarme el cansancio y esponjarme el alma.

Alfredo Sanjuán Ferrer